

Marro 14/11



La luz de un candil.

(TRADICION DE LA ÉPOCA DE DON ENRIQUE II.)

Dice Madrid que en Castilla
 solo manda el rey Don Pedro;
 mientras Don Enrique avanza
 con sus bastardos ejércitos.
 Quiere el trono de su hermano,
 y aunque le falta derecho,
 oro tiene y muchas gentes
 que comprar al extranjero.
 Encima de la justicia
 y el valor han de ponerlo,
 que vienen muchos Bertranos
 en los que le van siguiendo.
 Llegan al fin: pero gritan
 los de la villa, mas récio,
 que no ha de entrar en su alcázar

un monarca aventurero.
 En los atrevidos muros
 se agrupan los Madrileños:
 si muy bien saben tomarlos
 mejor sabrán defenderlos.
 Mucho avanza a los de fuera;
 y aunque pocos los que hay dentro,
 oponen valla terrible
 con su valor y sus pechos.
 Mas son vanos con la infamia
 sus arrogantes esfuerzos;
 no se han de ahogar sus lealtades
 entre la sangre y el fuego.
 No: la mano que amenaza
 es cobarde y caerá presto

Por Vicente Polero
 y lo Cuesta

sin ser vista, por la espalda,
y entre las sombras y el sueño.
El sitiador se promete
sin combatirlos vencerlos,
no por fuerza, por astucia
que es la máscara del miedo.
Si el noble á la luz del día
muere ó vence en campo abierto,
el traidor hiere en la noche
con precaucion y silencio.
Un cetro quiere el bastardo
aunque tenga que cogerlo
roja la mano con sangre
de su hermano el rey Don Pedro.

I.

Fuera de Madrid, y cerca
del sitiador campamento,
hay una pobre casucha
ruin por fuera y ruin por dentro.
Que es vivienda y no sepulcro
de un femenil esqueleto
bien lo dice de una ruca
el desigual movimiento.
Sentada en banqueta tosca,
bajo el rostro, por el peso
de una idea miserable
que se agita en su cerebro.
Tranquila está: que los años
le han puesto el rostro sereno
y han apagado en sus ojos
la luz de los pensamientos.
Pero el tiempo que á la tierra
ha ido encorvando su cuerpo
no pudo hacer que su alma
empiece á mirar al cielo.
Oro ansía y hasta el alma
hubiera vendido há tiempo,
si los bienes del diablo
pudiera alguno tenerlos.
Y los que morir la vean
bien pueden decir que ha muerto
si al resonar de un bolsillo
no hace ningun movimiento.
Infame su vida fué,
infames fueron sus hechos,
y aun le queda que hacer algo
para ganarse el infierno.
«¡Viva Hernan Sanchez de Vargas!»
suenan voces á lo lejos:

«¡viva Madrid! ¡viva el rey
y fuera los Enriqueños!»
Estruendo de armas y gritos,
mezclado en confusos ecos,
conduce hasta la hilandera
en sus ráfagas el viento.
Pero inmóvil, silenciosa,
lino y mas lino tejiendo,
oye el rumor y no muestra
ni curiosidad ni miedo.

En la puerta sonó un golpe,
alzóse la vieja presto,
abrió y entró un embozado
con cauteloso silencio.
Atrás echando la capa,
descubrió aquel rostro enfermo
del bastardo Don Enrique
hermano del rey Don Pedro.
Torcida, inquieta la vista,
y pálido el rostro seco,
una sonrisa siniestra
dibujan sus lábios trémulos.
En el puñal asesino
tiene clavados los dedos
sujetando la esperanza
de sus villanos intentos.
Su figura es el retrato
de su espíritu pequeño
vilmente ahogado en la carcel
de sus livianos deseos.
Y traidor y receloso
cualquiera diria al verlo,
sabría robar cien coronas
mas no conquistar un reino.

—«Habla, le dice á la vieja,
»iré dije, solo vengo
»á saber cosas que sabes
»y á dejarte mi dinero.»
—«Señor; á Madrid quereis,
»y Madrid ha de ser vuestro,»
dice la anciana temblando
por los años y el respeto.
«Aquí se encuentra la entrada
»del subterráneo secreto;
»conozco bien de la cava
»los peligrosos cruzeros.
»De antiguos trabajos moros,
»útil y feliz recuerdo,

»para bien de vuestra causa
»mis padres la descubrieron.
»Llega hasta el mismo arrabal
»de San Ginés: allí, luego
»se llega hasta el mismo alcázar
»por otros cóncavos huecos.
»Y mientras por todas partes
»se agrupan los madrileños
»á disputaros la entrada
»con sus vidas y su esfuerzo,
»yo os daré paso hasta el trono
»que hay en el alcázar régio,
»y el sol, antes de ocultarse,
»alumbrará á Madrid, vuestro.
»Por si temeis que os engaño,
»por si recelais que os vendo,
»iré delante de todos
»dando la vida que tengo.»

—«Anciana, dice el bastardo,
»muchas doblas vale el cuento;
»sí es un lazo lo que intentas,
»no te ha de dar gran provecho.
»Pronto vuelvo con los míos,
»á una señal todos prestos,
»y hasta ver que tú no mientes
»aquí tengo alojamiento.
»Oscura estará la mina;
»pero el vívido reflejo
»de cien antorchas mi paso
»alumbrará.»

—«¡Santos cielos!
»No hagais tal, señor, es fácil
»que descubran nuestro intento
»los resplandores.»

—«Bien dices;
»mas ¿cómo nos atrevemos
»entre las revueltas calles
»de ese laberinto estrecho?»
—«Yo alumbraré solamente
»con mi candil.»

—«Te prometo,
»si él nos basta, de mercedes
»hacerte nombrado ejemplo.
»Y he de darte de mi cara,
»porque tengas un recuerdo,
»aun mas retratos que veces
»tu rueca girando ha vuelto.»

Arrojó al suelo el bastardo
un bolsón de oro repleto

y salió, llena su mente
de traidores pensamientos.
Sola quedóse la vieja
recontando su dinero
y las armas y los gritos
sonaron en ronco estrépito.

¡Luchad! ¡luchad como héroes!
¡El triunfo no ha de ser vuestro,
debajo de vuestras plantas
van impunes á vencedros!
A la luz viva del sol
los esperais como buenos;
la opaca luz de un candil
los vá iluminando á ellos.
¡Un candil! esa es la estrella
de los viles enriqueños;
célebres por sus mercedes
que no por merecimientos.

II.

Todos esperan ansiosos
el momento del combate,
y nadie traicion recela
porque todos son leales.
El sitiador adelanta
decidiéndose al ataque
y las ballestas se tienden
buscando vidas y sangre.
Ecos de agudos clarines
pueblan confusos los aires
y en los muros se disputa
estar de todos delante.
Solas dejaron las plazas
y solos los arrabales,
y las mujeres rezando
ante sagradas imágenes.
Todas ruegan en silencio;
pues no quieren sepa nadie
que se olvidan de la pátria
por otro riesgo mas grande.
No alzan la voz temerosa
y dicen las mismas frases;
todas están en secreto
pidiendo gracias iguales.
¿Por quién rogar la doncella
si está en peligro su amante?
¿Si tiene luchando un hijo,
de qué se acuerda una madre?
Pedid por vuestros amores

porque vuelvan del combate;
las mujeres no han nacido
para llamarse Guzmanes.
Los viejos llorando envían
bendiciones paternas;
y si ellos luchar no pueden,
ya lucha su misma sangre.
Inmenso mar: en los muros
van las olas á estrellarse;
mas lejos reina la calma
y el ruido del oleaje.

De pronto, allá en el alcázar,
esclama una voz vibrante:
«Victoria por Don Enrique
y Madrid por sus parciales!»
A este grito, que repiten
otros cien, por todas partes
se agrupan los madrileños
en confusion espantable.
Con voz amarga de cólera
«traicion! gritan; ¡morir antes!»
Cruza en los ojos de todos
relámpago de coraje,
y en un círculo de hierro
los madrileños se baten,
á sus juramentos fieles
y al rey Don Pedro leales.
Por la espalda los hirieron,
impunes, siempre ocultándose;
á quien le pagan un crimen
escondiéndose lo hace.
Y el que vende brazo y honra
por el oro miserable,

vale tan poco, que él mismo
conoce que nada vale.

Ya es Madrid de Don Enrique,
ya se ha atrevido á asomarse
en el balcon del alcázar,
y saluda á sus parciales.
Ellos la plaza llenando,
se esfuerzan por aclamarle,
como es tan pródigo, puede
buen entusiasmo pagarse.
Tras el rey está la vieja;
aun la victoria alumbrándole
con el candil en la mano
y avaricioso el semblante.
Cumplióla el rey la promesa;
y ornó desde aquella tarde
candil de plata la puerta
de la casa miserable.

Fué con el tiempo aquel sitio
poco á poco trasformándose,
y la historia del candil
vino á dar nombre á una calle.
Pequeña es, cual la memoria
del suceso lamentable,
tan pequeña que á la luz
de un candil puede alumbrarse.

Una infame, un fratricida,
traiciones y hombres cobardes....
para alumbrar tales cosas
la luz de un candil es grande.

J. C. y S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.